

Manuel Zapata Olivella, *Letras Nacionales* y la emergencia de un “relato negro” en el campo intelectual colombiano

*Dina Camacho Buitrago**
Universidad de Chile, Chile
dinacamacho@u.uchile.cl

RESUMEN: El presente artículo tiene como objetivo reflexionar en torno al ejercicio literario y político realizado por el intelectual Manuel Zapata Olivella para posicionar el lugar de los sujetos(as) de origen africano en el campo cultural colombiano del siglo XX. Para ello, traza un recorrido a través de una de las dimensiones menos abordadas por los estudios críticos en torno a su extensa obra, esto es: su producción ensayística y en específico, su rol como fundador y editor de *Letras Nacionales* (1965-1985). Se sostiene como premisa que el nacionalismo literario, axioma fundamental de dicha revista, más que ser un mero ejercicio de refundación estético-literaria, se constituyó como un programa editorial que buscó en lo profundo del sustrato colonial, herramientas para entregar a indios, mestizos y, principalmente, negros una dignidad e incorporación tácita al relato histórico nacional apelando, para ello, al arte, la música, el folclore y el lenguaje de estos sujetos sociales, elementos traducidos finalmente en un novedoso acto creador literario.

* Becaria CONICYT.

PALABRAS CLAVE: Manuel Zapata Olivella, *Letras Nacionales*, campo cultural, raza, colonialidad.

MANUEL ZAPATA OLIVELLA, *LETRAS NACIONALES* AND THE EMERGENCE OF A “BLACK NARRATIVE” IN THE COLOMBIAN INTELLECTUAL FIELD

ABSTRACT: The objective of the following article is to think over the literary and political contribution made by the intellectual Manuel Zapata Olivella in attempting to position individuals of African origins in Colombia’s cultural field during the 20th century. To accomplish this, the article covers one of the dimensions least dealt by critical studies concerning his extensive literary production, i.e., his essay production and, more specifically, his role as founder and editor of the literary review *Letras Nacionales* (1965-1985). The main proposition argued is that literary nationalism, key assumption of the aforementioned publication, far from a mere attempt at esthetic literary re-foundation, was an editorial program that searched deep into the colonial substratum for tools in order to give indigenous peoples, mestizos, and mainly, Afro-Colombians, a dignity as well as a tacit incorporation in the national historical narrative, resorting to the art, music, folklore and language of these social groups, elements which were finally translated into an innovative and creative literary act.

KEYWORDS: Manuel Zapata Olivella, *Letras Nacionales*, cultural field, race, coloniality.

El presente artículo tiene como objetivo situar la emergencia de un tipo particular de discurso de afirmación del afrocolombiano en el campo cultural colombiano del siglo XX a partir de la producción intelectual del ya célebre médico, antropólogo, folclorista y escritor loriqueño Manuel Zapata Olivella. Más en específico, me interesa reflexionar en torno al proceso de posicionamiento histórico de los afrocolombianos que realizara Zapata a través de una de las dimensiones menos abordadas por los estudios críticos en torno a su extensa obra; esto es: su producción ensayística y, desde ahí, su rol como fundador y editor de *Letras Nacionales* (1965-1985), publicación que durante sus veinte años de existencia logró no solo acoger a un importante número de escritores –jóvenes y consagrados– en torno a un llamado por la literatura nacional, sino que, a

su vez, sirvió de plataforma para denunciar al colonialismo como elemento coercitivo de la creación literaria propiamente colombiana.

Es pues este un trabajo que utiliza la noción de campo intelectual como rodeo para reflexionar sobre la propuesta política subyacente en una nueva narrativa, crítica de la literatura universalista imperante en Colombia en las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta. En este sentido, propongo a modo de premisa de lectura que el nacionalismo literario, axioma fundamental de *Letras Nacionales*, más que ser un mero ejercicio de refundación estético-literaria, se constituyó como un programa editorial que buscó –en lo profundo del sustrato colonial– herramientas para entregar a sujetos denominados como indios, mestizos y, principalmente, negros, una dignidad e incorporación tácita al relato histórico nacional, apelando para ello al arte, la música, el folclore y el lenguaje de estos sujetos sociales, elementos traducidos en un novedoso acto creador literario.

Me interesa, entonces, esbozar un inicial análisis referido a los escritos editoriales de Zapata Olivella en la revista *Letras Nacionales*, los cuales, a mi juicio, si bien no fundan los trabajos académicos, intelectuales y culturales en torno a la afrocolombianidad¹, dan cuerpo sistemático a una reflexión crítica sobre la raza y el problema colonial sin precedentes en la escritura colombiana. Reflexión que adquirirá su primera gran conquista poética y política tras la publicación en 1983 de *Changó el gran putas*, saga épica que, al tiempo, consagra a Manuel Zapata Olivella como uno de los más prominentes literatos e intelectuales afro del siglo XX colombiano.

Para desarrollar esta propuesta de lectura he dividido este artículo en dos apartados. El primero pretende, de forma sucinta, enmarcar el contexto de producción desde donde emerge el proyecto de *Letras Nacionales*, considerando para ello dos aspectos no excluyentes entre sí: el discurso oficial del mestizaje y el campo intelectual funcional al Estado, del cual Zapata Olivella pretende escindir y que viabiliza la crítica inaugural

¹ Junto a Zapata Olivella se reconocen también los aportes fundacionales de intelectuales y artistas de origen africano que hacia los años cuarenta iniciaron una lucha por el reconocimiento e inclusión del negro en la sociedad colombiana desde diversas trincheras disciplinarias. Entre ellos destacan: Rogerio Velásquez, Aquiles Escalante, Sofonías Yacup, Nataniel Díaz, Juan y Delia Zapata (hermanos de Manuel Zapata), Jorge Artel, Arnoldo Palacios, Carlos Arturo Truque, Diego Luis Córdoba y Valentín Moreno Salazar (Restrepo 12).

de aquella revista. Un segundo apartado expone el proyecto político-cultural del concepto de literatura nacional y con él, la resemantización propuesta por Zapata de la categoría de mestizaje, concepto clave para comprender el posicionamiento de los afro en los imaginarios político-nacionales colombianos.

LA NACIÓN MESTIZA Y LA POLÍTICA CULTURAL DE LA REPÚBLICA LIBERAL

La década de los treinta del siglo XX inauguró en Colombia el inicio de la llamada República Liberal, comenzando con ella un proceso de modernización social y una refundación de lo nacional que, en el marco de las demandas y tensiones de un país fuertemente bipartidista, obligó a replantear los antiguos referentes de la identidad colectiva colombiana anclada en la dicotomía entre una clase dominante (blanca y centralizada) y un amplio y heterogéneo sector popular. Así, formulada bajo el precepto de la necesaria modernización, la hegemonía liberal dio paso a una serie de reformas institucionales que comprendieron, a su vez, la integración de sujetos definidos como indios, negros, mulatos, zambos, blancos y mestizos dentro de las nuevas claves del progreso.

De tal modo, la política de integración social desplegada desde ese momento por el Estado colombiano y extendida hasta las postrimerías del siglo en cuestión fue –como ocurriera en otras geografías latinoamericanas– justificada especialmente mediante un proyecto nacional de homogeneidad étnico-racial. Como es sabido, esta política implicó la catalización de un proceso de blanqueamiento progresivo de indígenas y afrocolombianos, al tiempo que justificó, bajo el discurso de la unidad nacional, la explotación de estas “minorías culturales” ahora necesarias para engrosar la fuerza laboral que diera forma a la modernización del país.

La base de este proyecto se concertó en pos de la unificación del amplio “nosotros nacional”, utilizando como eje vertebral un despliegue institucionalizado de la ideología del mestizaje biológico y cultural, visto entonces como pináculo de una modernidad criolla que miraba en Europa su ideal de civilidad y progreso. El Ministerio de Educación y su anexa Oficina de Cultura Popular, conformadas por la más destacada *intelligentsia*

liberal colombiana², vino a establecer el núcleo fundamental de las nuevas políticas culturales nacionales, las cuales fueron, por un lado, explicitadas en las páginas de la *Revista de las Indias* (publicada entre 1936 y 1951, fue el órgano expresivo más importante de este nuevo grupo de intelectuales); y por otra parte, difundidas masivamente mediante el aparato escolar, la prensa, la radio, la televisión y el precario mundo del libro, garantizando así la dominación del escenario cultural colombiano y, con ello, su posición directiva en cuanto a la orientación espiritual del país, o más exactamente de la nación.

Respecto de este punto, las Bibliotecas Aldeanas fundadas por Luis López de Mesa, quien dirigiera el Ministerio de Educación hacia el año 1934, dan cuenta precisamente de aquella pretensión político-ideológica mediante la cual el Estado colombiano procuró, a través del libro, la radiodifusión y el cinematógrafo, generar una opinión pública en torno a un sistema de valores compartidos, con el objetivo de consolidar un tipo de ciudadano colombiano moderno. De tal forma, gracias a la difusión masiva de dichas tecnologías y de la instauración de Comisiones de Cultura Aldeana que orientaban a los aldeanos e ilustraban al gobierno sobre las necesidades particulares de las comunidades, se arraigó todo “un entramado de representaciones en el que las élites legitimaron la jerarquización social y política; también la idea de los sectores populares como menores de edad que precisaban de la tutela de las élites, y, en general, las expectativas de vida acordes con los modelos de la Europa occidental” (Herrera 109).

² Como un ejemplo del poderoso rol que estos intelectuales liberales ejercieron en la configuración de una institucionalidad cultural nacional, cabe hacer una breve reseña de dos de sus principales representantes: Germán Arciniegas (1900-1999), escritor, abogado y político, fundador del Museo Nacional, la Biblioteca Popular, fortalecedor de la Escuela Normal Superior de Colombia a través de la vinculación de grandes profesores e investigadores de Francia, Alemania y España, entre ellos, el antropólogo Paul Rivet. Y Darío Achury (1906-1999) quien fuera, entre otros, miembro del grupo artístico-literario conocido como Los Bachués, jefe de Publicaciones de la Contraloría, jefe de Comunicaciones del Ministerio de Guerra y por tanto, director de la *Revista del Ejército*, miembro de la Academia Colombiana de la Lengua, director de Extensión Cultural del Ministerio de Educación, y director de la magnífica colección Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. Esto sin olvidar que, en conjunto, Achury y Arciniegas crearían el emblemático Instituto Caro y Cuervo (1942), cuyo imperativo fundacional consistió en la terminación del *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*.

Todo un proyecto mediático sin precedentes en Colombia que desembocó en una configuración cultural nacional determinada como *cultura popular*, la cual a la postre, forzó la tachadura de identidades particulares ofreciendo, como dijera Cornejo Polar, “imágenes armónicas de lo que obviamente es desgajado y beligerante, proponiendo figuraciones que en el fondo sólo son pertinentes para quienes conviene imaginar nuestras sociedades como tersos y nada conflictivos espacios de convivencia” (6).

En efecto, la aparición en el relato institucional de aquellos agentes indios, negros, mulatos y mestizos que encarnaron la alteridad operó desde dos frentes, produciendo una ambivalente condición de inclusión/exclusión de estos sujetos siempre funcional al Estado. En el caso que nos convoca, la promoción de la cultura popular como conjunto de tradiciones compartidas generó una cierta representación del afrocolombiano anclado en una matriz folclorizante –en el sentido de lo pintoresco– del ritmo, la palabra y el cuerpo que paralelamente perpetuó su condición ahistórica al situarlo –junto al indio– como quintaescencia de la cultura popular, alma primigenia y ancestral de la nación, “capa vegetal del espíritu nacional” de cuyo seno surgía el mestizo moderno como síntesis del “ser colombiano” (Silva 10).

La intelectualidad liberal si bien puso en marcha un gesto de reconocimiento de los sujetos afrocolombianos a través del estudio de sus características sociales y culturales, comprendió que tras aquel guiño se ponía en juego la urgente superación de dichas particularidades en la medida en que precisamente eran las diferencias etnoculturales las que representaban “el mayor obstáculo para el progreso en las sociedades latinoamericanas” (Sáenz 214). De esta manera, bajo el optimismo de la política cultural del Estado y sus intelectuales permanecía soterrada la idea del “negro” como sujeto en minoría de edad cuyas manifestaciones culturales debían circunscribirse a un tipo particular de relato institucionalizado. Reforzando mediante esta estrategia aquella dicotomía de un pueblo iletrado, de identidad refundida, escudriñado, estudiado, representado y corregido por un “estado mayor de la cultura” encarnado en los representantes del Ministerio de Educación, quienes “por medio de la cultura intelectual, la gramática y la ortografía, harían posible la corrección de la manifestación pública de lo popular” (Silva 11).

Se trataba entonces de un particular campo intelectual conformado bajo cierta autonomía que, no obstante, se encontraba íntimamente

ligado a los aparatos del poder estatal. En este sentido, los intelectuales liberales unificados bajo el Ministerio de Educación y sus oficinas de Extensión Cultural, Cultura Popular y la Biblioteca Aldeana actuaron paradójicamente a modo de *conservadores de la cultura* en la medida en que fueron “los responsables de la prédica cultural y de la organización del aprendizaje capaz de producir [una] devoción cultural” de la ideología del mestizaje en las masas colombianas (Bourdieu 39). Dicho de otro modo, este conjunto de letrados fueron no solo funcionales a, sino generadores de un proyecto político institucionalizado que pensó el mestizaje como canal civilizatorio de una abigarrada población reconocida como culturalmente inferior, la cual debió ser traducida del gesto corporal, verbal y con suerte escritural, al académico, literario y lingüístico por aquellos que detentaron las herramientas legítimas de la comprensión y la enunciación discursiva de *su* cultura.

En honor a la verdad, no estamos pues frente a una política estatal y ministerial de espaldas a las necesidades educativas de los actores sociales colombianos. En términos generales existió incluso un amplio consenso entre los más destacados intelectuales de la época con respecto a la urgencia de una política cultural nacional capaz de “hacer del mayor número de colombianos seres humanos efectivamente cultos” (Silva 14). El punto —y esto desde mi perspectiva—, es que esta culturización del colombiano, o en palabras de Hernando Téllez: esta “vulgarización de la cultura” (citado en Silva 15), lejos de reconocer al indio y al afrocolombiano como actores históricos relevantes y vigentes en los procesos de construcción creativa y política de lo nacional, tendió más bien a potenciar aquella “alta cultura”: hispanizante, centralizada, purista y arcaica tan representativa de la tradición narrativa colombiana en detrimento de la emergencia de una voz escritural propia, acorde con la realidad geográfica y cultural de la cual emergían nuevos relatos (Rama 150), reforzando de esta manera el lugar que como sujetos en tercera persona tuvieron las comunidades indígenas y afrocolombianas en la configuración de su identidad oficial.

*LETRAS NACIONALES: HACIA UNA LITERATURA NACIONAL DECOLONIZADORA*³

Los procesos y políticas de promoción de la cultura y folclor colombianos puestos en marcha por la República Liberal, sumados a sus propias observaciones respecto de la discriminación, pobreza y marginalización de actores reconocidos como negros, indios y mestizos proletarizados, fueron el sustrato sociopolítico y vivencial desde el cual se cultivó y emergió el trabajo crítico –literario e intelectual– de Manuel Zapata Olivella. Sus primeros escritos y estudios, caracterizados por abordar fundamentalmente temáticas relativas al folclor, la literatura, la política y los problemas sociales, circularon desde la década de los cuarenta en revistas y periódicos de diversa índole y procedencia. Desde sus orígenes se traza un itinerario narrativo signado por la apasionada defensa del arte y la cultura popular colombiana y una postura crítica hacia el colonialismo como elemento que inhibía la conformación de una integradora idea de sociedad nacional.

No obstante lo anterior, y como señala Alfonso Múnera, no sería sino a partir de la inauguración de su proyecto editorial *Letras Nacionales* que Zapata “desarrollaría de manera consistente, sus reflexiones sobre el colonialismo cultural, sobre el racismo y la discriminación, sobre la cultura de los analfabetos y semianalfabetos y sobre el nacionalismo literario, corpus teórico de los más audaces y avanzados de la nación en los años sesenta y setenta del pasado siglo” (15).

En términos muy generales, *Letras Nacionales* fue una revista literaria fundada en 1965 por Zapata Olivella junto a los intelectuales Manuel Mejía Vallejo y Carlos José Reyes. Para esa fecha, el prolífico afrocolombiano contaba con cinco novelas publicadas, había ganado el premio Esso con su novela *Detrás del rostro*, organizado el primer congreso de la cultura

³ Por decolonial me referiré acá, principalmente, a la colonialidad del poder entendida como “uno de los elementos constitutivos y específicos del patrón mundial capitalista. Se funda en la imposición de una clasificación racial/étnica de la población del mundo como piedra angular de dicho patrón de poder y opera en cada uno de los planos, ámbitos y dimensiones materiales y subjetivas de la existencia cotidiana y a escala societal” (Quijano 342). Como veremos, Zapata Olivella habría reconocido tempranamente el lugar que la raza jugó en tanto mecanismo de dominación socio-política desde el periodo colonial.

colombiana y participado en la creación de la Junta Nacional de Folclor, además de haber ideado y promovido decenas de empresas culturales a favor de los artistas populares (Múnera 21). Teniendo una consagrada legitimación entre la crítica literaria colombiana, Zapata se encontraba así habilitado para emprender su ambiciosa empresa editorial, la que se extendería hasta 1985, contando a su haber con un total de 42 números publicados.

Como revista, *Letras Nacionales* fue una plataforma de difusión y promoción de escritores de la más diversa índole congregados bajo una premisa común: expresar el carácter creativo de la realidad colombiana, dándole cara y tribuna a una auténtica literatura nacional. Una intención que se enmarca dentro un más amplio proceso contrahegemónico surgido desde las periféricas regiones colombianas en la década de los cuarenta como respuesta a la intelectualidad liberal bogotana y santandereana que confundía la “buena literatura” con la ortodoxia gramatical (Rama 153).

Con contrahegemónico me refiero aquí a aquel cambio radical que en las letras colombianas se venía produciendo de la mano de diversos escritores principalmente costeños⁴, críticos de un campo intelectual concentrado en la capital colombiana cuya tendencia conservadora redundó en un tipo de literatura que Manuel Zapata definiría como “parasitaria”, fruto de la asimilación foránea, que daba cuenta de las vicisitudes de las ideas ajenas a nuestro medio, “sin existencia propia sino conciencia receptiva” (“*Letras Nacionales*” responde 9-15). En palabras de Rama, fue en aquel “complejo costeño”, bisagra histórica entre el mundo y la estridente geografía colombiana, zona abierta cuya condición de abandono cultural le dio la libertad creadora que la tradición le negaba a las zonas interiores, desde donde se “edificó un arte nacional y popular colombiano” que virtuosamente unió las lecturas de James Joyce, Virginia Woolf, Marcel Proust y William Faulkner al aprendizaje de la realidad local, de sus personajes y de las formas particulares del habla popular (161).

⁴ Me refiero acá, fundamentalmente, al llamado Grupo de Barranquilla del cual hicieron parte escritores e intelectuales de la talla de Gabriel García Márquez, el mismo Zapata Olivella, Germán Vargas, Cepeda Zamudio y Ramón Vinyes, inspirador de la revista *Voces*, precedente más cercano de dicho grupo.

Precisamente, de esta ligazón entre una literatura foránea que introducía formas, recursos y estilos novedosos en la práctica literaria y la íntima atadura que –para Zapata– vincula a todo escritor con su entorno geográfico, social y cultural es que el loriqueño articula y expone desde el primer número de *Letras Nacionales* su visión de lo que debiese ser un auténtico nacionalismo literario:

Entendemos por nacionalismo literario la transposición de nuestras vivencias a la literatura. No se trata, como algunos sugieren, de que queramos crear una literatura como si antes de nosotros esta no hubiese existido. Hay una existencia de nuestro pueblo. Suma de sus tradiciones orales o escritas. Crónicas sobre nuestra historia y creación literaria de todo género. Un objeto total. Reclamar el interés conjunto de escritores, artistas, lectores y del país todo, en la empresa de ahondar este proceso, exaltarlo y difundirlo, adquiere ya un contenido nacionalista (“*Letras Nacionales responde*” 9-15).

Esta particular visión de lo nacional le valió a Zapata la acusación de chovinista, en la medida en que su manifiesto se leyó como una recalcitrante negación de la libertad creadora del artista en pos de la imposición a ultranza de “las herramientas del arsenal provinciano” (“*Letras Nacionales responde*” 9-15)⁵. Su defensa de la conciencia nacional y el orgullo patriótico frente a aquellos que en el nombre del cosmopolitismo realizan “tropolías extraliterarias contra nuestro pueblo” (“*Letras Nacionales responde*” 9-15), si bien pudiera entenderse como una aceptación de la institucionalidad cultural que fundaba en lo nacional la falsa idea de unidad, instalaba, al contrario, una visión que implicaba la necesaria trasposición de la vivencia del escritor a la literatura, reconociendo el potencial creador de los actores y elementos culturales locales.

No se trataba así de fundar una escritura *ex nihilo*, negando con ello el valor de una literatura universal, sino más bien de reconocer y asumir la responsabilidad de mostrar, juzgar y exaltar una literatura, un teatro, una

⁵ “En este orden, lo que más exaspera a los escépticos es el tema de la libertad en la creación artística. Ella también sirve de apoyo al pretendido arte puro, desligado de los materiales de trabajo, de la inevitable ubicación del individuo en la sociedad y su tiempo. El nacionalismo literario no tiene por qué limitar ni influir la libre inspiración. Solo hace un llamado a la autenticidad sin exigir método o filosofía creadora” (Zapata, “*Letras Nacionales responde*” 9-15).

poesía, novela, cuento y ensayo nacionales vistos para entonces con desdén por la crítica colombiana. Su espíritu era entonces “beligerantemente polémico”, crítico de un culturalismo sin fronteras propio de quienes se olvidan del país cuando escriben pero que no por ello implicó “un rechazo al aprovechamiento de las experiencias acumuladas por la cultura universal”. Pues como bien entendiera Zapata: “somos parte de América, del mundo, recibimos, damos” (“*Letras Nacionales responde*” 9-15).

El punto problemático de aquel universalismo radicaba para Zapata en el hecho mismo de su carácter hegemónico y predominantemente occidental, que fijaba patrones y tópicos literarios situados constantemente fuera de los límites de la experiencia concreta nacional —o regional—, ejerciendo un efecto excluyente de culturas históricamente marginadas y reproduciendo con ello una visión alienante de la realidad histórica. El nacionalismo literario se prefiguraba, pues, como una apuesta que excedía el campo meramente literario, para extenderse hacia una praxis política, tal como quedara de manifiesto en el segundo editorial de *Letras Nacionales*:

Nuestro nacionalismo no es ciego ni estrecho. Tenemos conciencia exacta de los valores regionales y universales, lo que no significa que nos sintamos inferiores a lo foráneo. Somos universales por el solo hecho de existir, de representar la suma de las culturas de la humanidad (América, Asia, África y Europa).

Con esta clarividencia sobran los temores de que pretendamos autoimputarnos del mundo, como subjetivamente lo han venido haciendo quienes creen que no representamos nada en la literatura universal. Se hace necesario, sin embargo, luchar contra los reflejos condicionados heredados del viejo coloniaje que sepultó la cultura indígena, subestimó a la negra y autodiscriminó a la mestiza. De ahí arranca ese gesto peyorativo ante lo criollo y la alucinación por todo lo ajeno, aun cuando muchas veces el brillo de este sea del mismo quilate de las cuentas de vidrio que nos cambiaban por pectorales de oro puro (“*Chovinismo literario*” 8-9).

De lo anterior es posible deducir dos ejes transversales en la obra ensayística de Zapata que aparecen englobados dentro de la apuesta por el nacionalismo literario y que, a su vez, desbordan lo que se pudiera considerar como una postura crítica eminentemente literaria: la férrea oposición al colonialismo cultural y una particular comprensión del mestizaje. En su conjunto, estos dos elementos tendrán una importancia capital para el posicionamiento de

la dimensión existencial de los afrocolombianos hacia un lugar visible en los imaginarios nacionales, al desafiar la visión eurocéntrica y exclusivista de las hegemonías sociales, culturales y políticas colombianas.

Tocante al primer punto, el editorial aparecido en el número 1 de *Letras Nacionales* resulta clave para situar el lugar de las reflexiones decoloniales de Zapata Olivella en el panorama intelectual colombiano. Enmarcado en lo que hemos venido entendiendo como su defensa de “lo nacional”, destaca el escritor que las categorías sobre las cuales se ha dividido la historia literaria del país (Descubrimiento, Conquista, Colonia, Independencia o Universalización) han relegado a un segundo plano los procesos históricos locales en función de aquel imperioso deseo de observar “lo que hay de universal en nuestra literatura”; rematando su observación con el llamado a “dejar de analizar lo que recibimos de la literatura colonizadora, para atender también a la respuesta de la colonizada” (“Letras Nacionales responde” 9-15).

A partir del nacionalismo literario, Zapata Olivella visibiliza al menos tres niveles sobre los cuales ha operado el fenómeno del colonialismo en Colombia: como acto histórico, mediante el hecho violento de la conquista, creadora de una imagen distante a la realidad que hace “necesario que se nos traduzca para nacer, porque nuestro idioma, que hablan doscientos cuarenta millones de hombres, no nos presta universalidad” (“Letras Nacionales responde” 9-15); como herencia, “menospreciando lo propio con el pretexto de mejorarlo”, enraizando con ello un arte foráneo aculturado y viendo en las expresiones de la cultura popular una muestra de atraso y subdesarrollo (“El pueblo presente” 14-19); y finalmente, como ideología y práctica hegemónica que sepultó, subestimó y autodiscriminó al indígena, negro y mestizo (“Chauvinismo literario” 8-9).

El correlato de lo anterior me parece clave: la visión con la que se ha estudiado no solo la literatura, sino aquella con la cual se ha fundado el relato nacional, responde expresamente a una nomenclatura colonial apoyada en los eventos que definen la presencia del colonizador pero no la historia del colonizado en el territorio colombiano (Múnera 27). A través del editorial “Letras Nacionales responde a 8 preguntas en torno al nacionalismo literario”, Zapata recoge algunas de las ideas que venía desarrollando años atrás, dándole cuerpo fundacional a la crítica decolonial colombiana. Así, oponiendo la idea de un proyecto nacional a una situación colonial fundadora de la parálisis de la cultura nacional,

su emergencia y desarrollo pleno (Fanon 217), Zapata rescata la voz del colonizado y su historia de resistencia viva en los registros archivísticos o en las tradiciones orales⁶, proponiendo con ello la urgencia de encontrar en esta historia —en el estudio de aquella condición “híbrida”— el eje de una auténtica identidad.

En el diagnóstico de esta colonización, Zapata entiende y expone con claridad que la raza había sido desde los tiempos de la Conquista un mecanismo central de dominación imperial (Múnera 14). Este vínculo entre colonización e imposición de ciertas categorías raciales sobre los sujetos sociales llevó al loriqueño a plantear una abierta crítica hacia un proyecto de tinte colonial que advertía en plena vigencia y cuyos contenidos racistas y discriminatorios operaban con bastante persistencia como base de las relaciones sociales. Visto desde el escenario cultural colombiano, para Zapata Olivella se trataba de un diagnóstico claro: la cultura de los pueblos oprimidos correspondía de manera concreta a la que “elabora el pueblo con los materiales de las culturas nativas, afro, e incluso europeas, en contraposición a aquella que [impusieron] las elites en el poder” (Múnera 35).

Convencido de que la nación es ante todo el producto de estas raíces, del intenso mestizaje de millones de indios, negros y españoles a lo largo de los siglos, Zapata efectuó una reapropiación de estas categorías etnoraciales para subvertirlas en función de un proyecto decolonizador. Bajo esta premisa, el mestizaje, que encarnaba el blanqueamiento y homogeneización cultural nacionales, es resignificado ahora como un proyecto mediante el cual, reconociendo las diferencias que construyen la identidad colombiana, se comprende a la nación como un todo integrado por fuerzas creativas heterogéneas, en las que afrodescendientes y nativos juegan un papel central, aceptando con ello la “diversidad de su cultura, y denunciando de manera brillante, los mecanismos de imposición de una historia y unos valores culturales colonialistas” (Múnera 16).

⁶ “Aunque se pretenda desconocer la capacidad creativa de los pueblos colonizados, lo cierto es que su actitud, cualquiera que ella sea —pasividad, sometimiento o rechazo— ya es un resultado antagónico. Si averiguamos la narración oral o los archivos históricos —por desfortuna es lo primero que destruye el colonizador—, encontraríamos la huella de ese choque” (Zapata, “*Letras Nacionales responde*” 9-15).

No deja de ser problemático el hecho de que Zapata encuentre el desmontaje de la herencia colonial precisamente en el mestizaje: eje ideológico utilizado por el Estado y sus intelectuales para legitimar un orden social que “tendió a desconocer las formas de discriminación y violencia implícitas en la vigencia de divisiones raciales y culturales como bases estructuradoras de las jerarquías sociales (Zapata-Cortés 93).

Contrario a lo que podría suponerse, el mestizaje de Zapata estaba lejos de corresponderse con este discurso oficial sobre la nación mestiza. Un tipo de nacionalismo ideado por las mentes más prominentes del liberalismo colombiano que —insisto— tras una retórica de unidad jerarquizó ciertas características como ideales del presente mientras que el negro y el indígena eran valorados solo como un pasado fundacional. En efecto, la cualidad homogeneizante del mestizaje será entendida por Zapata Olivella como una historia compartida de carácter horizontal; de intercambios culturales triétnicos que “nos impone una tarea global [y] exige una identificación con los orígenes, los estamentos presentes y los derroteros futuros” (“Letras Nacionales responde” 9-15).

Visto así, este mestizaje exige una refundación de la memoria histórica y “la identidad nacional colombiana a partir de una aguda reevaluación de las imágenes tradicionales de lo ‘negro’ y lo ‘indígena’” que venía promoviendo el Estado (Zapata-Cortés 95). Es en esta refundación en donde emergen los y las afrodescendientes, su cultura, su palabra, sus ritmos, su cuerpo y su historia diaspórica como elementos constitutivos de la nación mestiza colombiana, “convirtiéndose en la herramienta explicativa para resolver la tensión generada entre la síntesis nacional y las diferencias regionales o culturales” (Zapata-Cortés 96).

Dividiendo el territorio en cuatro zonas histórico-culturales (Costa Atlántica, Zona Andina, Litoral Pacífico y los valles), Zapata ejecuta un recorrido geográfico a través del cual identifica la presencia histórica y las manifestaciones culturales del negro, ancladas en el alma de la geografía colombiana. Un ejercicio que como bien ilustrara Antonio D. Tillis, podría identificarse como el “empardecimiento de la historia mestiza de la nación” (Zapata-Cortés 96).

Este posicionamiento tendrá unas implicancias políticas de importancia capital para un futuro movimiento afrocolombiano: por un lado, porque en la medida en que pluralizó al negro como una identidad colectiva y comunitaria, visibilizó a una población oculta tensionando el discurso del

mestizaje y la armonía racial; por otra parte, porque al cualificar a una población particular se adquiere conciencia de una condición social; y, por último, porque el reconocimiento de la invisibilidad y el lugar que se ocupa en la sociedad colombiana conllevó a la construcción de una identidad colectiva plausible de ser reconocida como tal por el conglomerado nacional.

En esta línea, pese a ser pensado en el marco de una composición amplia dentro de la política nacional, el conjunto de afrocolombianos –la negredumbre al decir de Zapata– encuentra su identidad en la huella presente de su africanidad. Una huella de un pasado geográficamente lejano que pese a la distancia permanece vivo entre sus herederos: “sombra oculta de la que hablan los filósofos yorubas y bantúes, viva en el ritmo, en la palabra que palmorea en las invocaciones a los muertos. Sentimiento africano que ilumina nuestra mirada más profunda, la herida más dolorosa, la risa más desafiante” (Zapata, “He visto la noche” 108).

Como hombre sensible frente a la discriminación, Zapata Olivella comprendió, finalmente, que en este mestizaje subyacen historias de explotación y marginación que no son únicamente competencia de los sujetos negros y, en este sentido, esta categoría puede ser leída como un concepto constituido desde la experiencia común del colonizado. Dentro de un marco de mayor amplitud, “la blanquedumbre, el cordón más retorcido de nuestra placenta, la indiadumbre, primigenia vena en nuestro sincretismo y la negredumbre, ese revoltijo africano tantas veces entrecruzado en el crisol de América” (Zapata, “He visto la noche” 124), se identifican bajo un mismo criterio y experiencia de discriminación, exponiendo así una lucha que, siendo de clase, es también lo racial⁷.

A MODO DE CIERRE

Ciertamente, podría reconocerse en las políticas de aquel Ministerio de Educación de los cuarenta un primer acto de reconocimiento estatal

⁷ Idea que fuera también formulada por Frantz Fanon a propósito del problema del blanqueamiento racial, para quien la verdadera fuente de conflictos se encontraba en las estructuras sociales (104).

de los aportes culturales de las “minorías étnicas”, principalmente afrodescendientes. Es claro, también, que en algunos momentos la férrea defensa de los valores nacionales y el excesivo entusiasmo con que Zapata describe los elementos folclóricos de las zonas colombianas invita a pensar en una vinculación directa entre su pensamiento crítico y *los conservadores de la cultura* que conformaban el campo intelectual del aparato estatal. No obstante, me parece que esta afirmación se desdibuja rápidamente a la luz del sólido trabajo del intelectual loriqueño, pues mientras que el campo intelectual liberal realiza una etnografía estereotipante y esencialista de las culturas populares, Zapata hace uso del folclore –entendido ahora como el acervo simbólico y material que constituye las costumbres– para demandar la necesidad de cortar el cordón umbilical con Europa y sus modelos estéticos, denunciando la herencia de un colonialismo ejercido hasta el momento por las clases políticas y económicas, convirtiendo al negro en el sujeto histórico por excelencia para representar y explicar el mestizaje biocultural.

En el marco de un campo intelectual cuya hegemonía se fundaba en su vínculo con el Estado y sus organismos de difusión de la cultura y los saberes, el nacionalismo literario propuesto desde *Letras Nacionales* –presente también en la obra literaria y antropológica de Zapata Olivella– logró concentrar, en su apuesta por una literatura propiamente colombiana, una visión crítica del colonialismo y el mestizaje en la cual el hombre y la mujer afros, históricamente emplazados en el lugar de “los orígenes”, fueron traídos al presente mediante la exploración y valoración de su cultura.

Hasta la aparición de Zapata Olivella en el escenario cultural no existía aquello que pudiéramos denominar como un “campo intelectual afrocolombiano”. Existieron, sí, invaluable aportes que permanecieron como voces silenciadas en los debates nacionales, e incluso, en la opinión pública, donde el negro era un sujeto foráneo separado de la realidad nacional por la cordillera occidental, por la manigua, los ríos y el mar que actuaban como muros entre la “nación colombiana” y los afroempobrecidos del Pacífico, del Palenque y de los miserables barrios invisibles para turistas que visitan la costa y las islas del Caribe colombiano. En este sentido, los trabajos de Candelario Obeso, precursor de la poesía negra, y Rogerio Velázquez, fundador de las investigaciones etnográficas y antropológicas sobre los habitantes chochoanos de origen africano, fueron

aportes significativos en tanto “imprimieron el lirismo de la raza negra en la escritura y fueron plataforma de denuncia del drama socio-económico vivido por el negro en la última parte del siglo XIX” (Friedemann 84).

Sin embargo, es bajo el sistemático trabajo de Zapata Olivella que el pensamiento crítico afrocolombiano adquiere forma y tribuna, cumpliendo pues una función doble: por un lado, la de un agudo intelectual que nutrió su pensamiento en el diálogo con el movimiento de la negritud, la crítica de los modelos de explotación colonialista, la reivindicación de los derechos civiles de los negros y las luchas de liberación nacional de los países africanos y caribeños. Por otro, como agente que funda en el territorio colombiano una sólida crítica a la persistencia de unos valores y una cultura coloniales, crítica que mediante un rodeo revisionista le otorga al negro una dignidad antes negada, integrándolo de forma privilegiada a la historia y la cultura nacionales en un acto cuyas consecuencias redundan en la postrimera articulación de una lucha política por el reconocimiento, que adquiriría su forma más desarrollada hacia la década de los noventa.

BIBLIOGRAFÍA

- BOURDIEU, PIERRE. *Campo de poder, campo intelectual*. Tucumán: Montessor, 2002. Impreso.
- CORNEJO POLAR, ANTONIO. “Mestizaje e hibridez: los riesgos de las metáforas”. *Cuadernos de Literatura* 6 (1997): 5-12. Impreso.
- FANON, FRANTZ. *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid: Akal, 2009. Impreso.
- FRIEDEMANN, NINA S. “Negros en Colombia, invisibilidad y presencia”. *El negro en la historia de Colombia: fuentes escritas y orales*. Bogotá: Fundación Colombiana de Investigaciones Folclóricas, 1985. Impreso.
- HERRERA, MARTHA CECILIA Y CARLOS DÍAZ. “Bibliotecas y lectores en el siglo XX colombiano: la biblioteca aldeana de Colombia”. *Revista Educación y Pedagogía* 29-30 (2001): 103-111. Impreso.
- MÚNERA, ALFONSO. “Manuel Zapata y la nación inclusiva”. *Por los senderos de sus ancestros. Textos escogidos, 1940-2000, Manuel Zapata Olivella*. Biblioteca de Literatura Afrocolombiana Tomo XVIII. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2010. 11-43. Impreso.

- QUIJANO, ANÍBAL. “Colonialidad del poder y clasificación social”. *Journal of World-Systems Research* XI/2 (2000): 342-386. Impreso.
- RAMA, ÁNGEL. *La narrativa de Gabriel García Márquez: edificación de un arte nacional y popular*. México: Universidad Veracruzana, 1971. Impreso.
- RESTREPO, DARÍO HENAO. “Los hijos de Changó, la epopeya de la negritud en América”. *Changó el gran putas*. Biblioteca de Literatura Afrocolombiana Tomo III. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2010. 11-29. Impreso.
- SÁENZ O., JAVIER. “De lo biológico a lo social: saber pedagógico y educación pública en Colombia. 1903-1946”. *Etnias, educación y archivos en la historia de Colombia*. *Archivo General Nacional* (1995): 214-219. Impreso.
- SILVA, RENÁN. “República Liberal y cultura popular en Colombia 1930-1946”. *SocioHistoria*. Universidad del Valle. Visitado el 20 de septiembre de 2014. <http://sociohistoria.univalle.edu.co/republica.pdf>. Digital.
- WADE, PETER. “Población negra y la cuestión identitaria en América Latina”. *Universitas Humanística* 65 (2008): 117-137. Impreso.
- ZAPATA-CORTÉS, DIANA CATALINA. “Mestizaje nacional: una historia ‘negra’ por contar”. *Memoria y Sociedad* 29 (2010): 91-105. Impreso.
- ZAPATA OLIVELLA, MANUEL. *He visto la noche*. Bogotá, Los Andes, 1953. Impreso.
- _____ “Esto somos, esto defendemos”. *Letras Nacionales* 0 (1965): 3-5. Impreso.
- _____ “Letras Nacionales responde a ocho preguntas en torno al nacionalismo literario”. *Letras Nacionales* 1 (1965): 9-15. Impreso.
- _____ “Chauvinismo literario y complejo nacionalista”. *Letras Nacionales* 2 (1965): 8-10. Impreso.
- _____ “El pueblo presente y los artistas abstraídos”. *Letras Nacionales* 3 (1965): 14-19. Impreso.
- _____ “Aportes materiales y psicoafectivos del negro en el folclore colombiano”. *Boletín Cultural y Bibliográfico* 6 (1967): 1385-1386. Impreso.
- _____ “La negredumbre en García Márquez”. *XX Congreso Nacional de Literatura, Lingüística y Semiótica: Cien años de soledad, Treinta Años Después*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. 1997. 107-112. Impreso.